

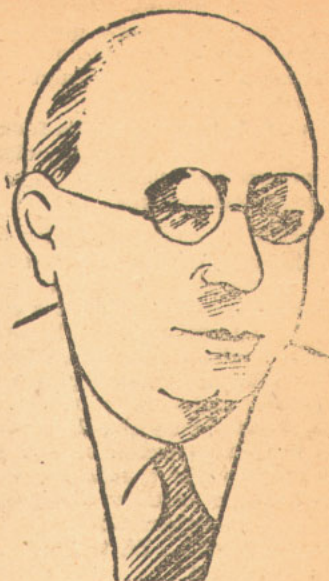
LUIS DURAND.

El Campo Chileno

DIFÍCIL tarea es definir en síntesis, apretada de contenido y expresión lo que es el campo chileno, destacando lo que hay en él más representativo y vital. Arrancar del corazón de la raza si ello fuera posible, su esencia más genuina, su rasgo más auténtico. Mostrar con certera comprensión el matiz predominante de la tierra chilena. Desiertos, cordilleras, valles y dilatadas estepas ofrecen en la naturaleza de Chile los más variados accidentes. En el Norte, el campesino vive estrechado por el desierto que arteralmente va devorando el oasis donde crecen las higueras y las cepas que dañ racimos de miel en rincones edénicos. Piscos de Elqui y del Huasco. Frutas secas de persistente aroma y vinos licorosos cuya calidad expresa con elocuencia lo que son esas tierras de sol.

Pero no es allí donde encontramos el nervio de Chile, donde brotó su pujanza y su expresión vernácula, donde el chileno se define como tipo racial. El campo chileno es la tierra del huaso, el gran valle central donde galopa en su ágil caballo por entre las alamedas, cruzando los campos talajeros o a lo largo de las sembraderas que allá en Malleco y Cautín extienden su manto de oro en los días del verano.

El huaso y su caballo son la nota más expresiva del paisaje de



LUIS DURAND.

Chile. La carreta da una sensación elocuente de las características de la tierra. Enorme y de altas ruedas, tirada por tres o cuatro yuntas, va despaciosamente por los caminos del centro de Chile. La hemos visto junto al ancho portalón de las casas de una hacienda, llena de fardos de pasto, de sacos de cereales, repleta de rubios melones o atigradas sandías. Es como un símbolo de tierra fecunda, cruzada por canales de regadío y cultivada con amoroso desvelo. Camino de la estación más próxima se lleva la sustancia del valle, que va a nutrir al hombre de la ciudad que gasta su energía en una oficina, junto a la lamparilla eléctrica que le calienta el seso. El carretero va al lado de los bue-

yes grandes y gordos de la hacienda. Y de pronto, aburrido de oír el rumor del campo que para él ya no tiene encanto ni novedad, suelta como un chorro abrupto su voz ruda para cantar:

...La vidá, la vidá que linda fuera,
(la vidá,
que todo sueño dulce,
ayaayay, cierto saliera.

Chirrían las enormes ruedas en las bajadas, en donde los bueyes con la cerviz recogida, el ijar palpitante y los músculos tensos entierran las pezuñas sobre la polvorienta huella del camino. El carretero calla un instante para rezongar una maldición y luego requiriendo la picana que lleva una borla roja en el extremo, pica al buey mañero que aprendió a entregar el mayor esfuerzo a las yuntas que van cuarteando:

—¡Erre, Florío... Té, te teeza...

—¡Moscardón!...

Silban en sus pitos de cristal los zorzales, columpiándose en las ramas más altas de los álamos que el Otoño va convirtiendo en altos y rubios adolescentes, que no se cansan de entregar al vientecillo inquieto el musical mensaje de sus hojas. Y más allá hay un puente de viejas maderas que se estremecen reciamente cuando la ancha carreta, rueda sobre él. Y en un recodo un sauce que no se cansa de mirarse en el agua del estero; y más allá una pataguas; remanso de frescura donde una yegua alazana teniendo a su potrillo junto al flanco, dormita, quien sabe si soñando otra vez con el relincho apasionado del potro tordillo de obscura crencha y de ojos dominadores.

—Como le va pues doña Filomena!... Felices los ojos que la ven.

—A lo propio don Feliciano. ¿La comadre quedó alentá?

—Asina, asina. Entre verde y seco no más. Has tao lo más amolá con unos tremendos dolores de huesos.

Los bueyes siguen caminando lentamente. Sus flancos húmedos adquieren un matiz tierno en la vislumbre del sol a través de los álamos. Entonces Feliciano los chista suavemente para no perder las palabras de su comadre que está lavando el mote en la orilla del estero:

—Chiiist... Bandera, Soliman, tiiiza!...

—Pase a refrescarse con un pocillito de mote pues compadre. Viene bien pal bochorno.

El compadre, de soslayo echa una mirada al sol y como buen campesino, no acepta inmediatamente la invitación.

—Vamos atrasaones comadre. Y ahora nos toca repechar.

—Cuarteando no se ilata on Feli. Lleva buenos bueyes.

Junto a los corredores, se enredan en los postes las madre selvas. Y en tarros pequeños, matas de cardenales, de claveles y de albahacas. Y más allá está la huerta con sus melgas de cebollino, de lechugas y sus tiernos praditos de cilantro y perejil. Bajo un cobertizo casi derruido, ronca un chanchito amarillo. En la trompa le brilla un pedazo de lata que le han ensartado para evitar que hoce y en el vientre muestra las huellas de la cuerda con que estuvo amarrado durante mucho tiempo. Feliciano observa:

—Se han criado bien sus pavos doña Filomena.

—No han andao mal compadre Feli... ¿Le gusta con azúcar el mote?

Cuando le alarga el vaso, parece que está lleno de pepitas de oro. La lejía ha hinchado los granos que don Feli devora con gozosa voracidad. Los bueyes entretanto, se azotan los flancos con la cola, espantándose los tábanos que les hostigan sin cesar. Después, Feliciano empuña de nuevo la garrocha y se va lentamente bajo las alamedas, cuyas hojas el sol va tiñendo de oro pálido. En los ranchos cantan los gallos y sobre los techos ríen los dientes amarillos del maíz y los capis del ají que atrae la calidez de los últimos soles del Otoño.

—O—

—Malito, malito!

—Hombri! Hórcate mañoso....

Junto a la vara, las bestias están cruzadas en un duelo silencioso. Se estrian de sudor las poderosas ancas, mientras los remos se recogen en esfuerzo supremo, tratando de que los cascos no se muevan del sitio en donde se afirmaron. Los jinetes rodajejan lentamente el flanco de sus cabalgaduras animándolas con voces que son a la vez acariciantes y dominadoras. El ancho guarapón metido hasta las cejas y el fiador apuntalado bajo el labio inferior. Sobre los hombros el chamanto doñihuano que muestra el capricho de sus dibujos que son un prodigio de gracia y de color. Desde los potreros llega en oleadas tibias, el aroma de los pastos maduros y a ratos el canto de una lloica que salpica de poesía agreste la escena.

Sentados en las ventanas, o sobre largas bancas a la sombra del corredor, los asistentes siguen las fases del duelo sin perder ninguno de sus detalles. "Comiéndose el varón" están la "Espuma" y el

"Clavel", las mejores bestias topeadoras de la comarca.

Filemón Albornoz es un admirador apasionado del "Clavel" y sigue con nerviosa inquietud sus movimientos, especialmente cuando levanta los cascos para afirmarse mejor. Las rojas testeras que adornan la frente del caballo bajo el gracioso mechón, se han ido humedeciendo y se destacan como un trarilonco indígena que evoca la llamarada de las flores del copihue cuando tiemblan en la penumbra de la selya. Filemón pondera las cualidades del animal, que es un soberbio caballo pintado tan bueno para dar vuelta un toro en medio del campo, como para enfrentarse con la "Espuma", la bestia de más corazón que naciera en la hacienda.

—Es mucho caballo ese pa la "Espuma"—dice Albornoz. Bestia sin ningún resabio, mire. No sabe lo que es volverse p'atrás. Tendrían que llevárselo en peso; la yegua es güena, no se puede negar, pero no tiene cuerpo pa'ese manco. Es un perro bravo. Miren, miren como se recoge. Es cuando da el apretón fuerte.

Los hombres saben que se acerca el momento álgido. Las espuelas tintinean produciendo la nerviosidad que acelera los latidos del corazón. El sol resbala como una serpiente por encima de las botas rojas de los dos jinetes que con el cuerpo en escorzo se inclinan sobre la vara tratando de aliviar a las bestias que en su duelo impresionante comienzan a jadear con angustia de motor a alta presión.

—Yegua vieja de los Lirios!

—Manco malo, manco malo!....

La voz se endulza de emoción en los rudos labios de los hombres que sin requerir las riendas, pero con la espuela inmóvil cerca de los

ijares, tratan de comunicar todas las energías a las bestias que parecen ahorcarse encima de la vara. Y es de pronto el "Clavel" el que aparta su anca colorada y blanca de la vara, pero sin separar el pecho que sigue adherido al madero. Entonces el jinete de la "Espuma", rodajea a su bestia palmeándola en la tabla del cuello y animándola con un grito enérgico.

—Allá va la "Espuma", allá va la "Espuma".

Pero el caballo pinto no se deja dominar aún. Levanta el hocico para respirar un instante y es entonces un arco tenso, próximo a dispararse. La yegua acomoda las patas de atrás y se queja sordamente. Un río de sudor, la inunda. Una hábil maniobra del jinete hace apartarse al "Clavel" que retrocede unos instantes, para afirmarse de pronto con fiera de toro enardecido y llevarse por delante casi en vilo a la hermosa yegua de ébano que se estremece entera, barnizada de sol y de sudor.

—Por las remadres on Ceferino, — grita Alborno enloquecido — ése sí que es caballo, miércoles.... Y la "Espuma" es mucha yegua, es una yeguaza patrón, por las setenta mil vírgenes de nuestro padre Adán.

Los soberbios caballos pasean por el ancho recinto su poderosa fatiga. Desde un boldo, cuyo tronco está en la ladera, otra lloica con el pecho de fuego al sol, vuelve a lanzar su preciosa tonada: chiuu, chiuchirriunn... Y entonces la tarde vuelve a saturarse de poesía y de dulzura; entretanto, en el corredor, las cantoras han soltado también el chorro agreste de sus voces que hablan de amores, de ausencias y de olvidos.



**Queridó, queridó vente a mis brazos
(zos
la vidá y hasta cuando
me queris tener penando...**

Chicha rubia que se desborda de los vasos que van de mano en mano. Morenas empanadas recién salidas del horno, esparcen su apetitosa fragancia; bajo la sombra amable, los hombres comentan las incidencias de la faena, en que la "Espuma" ha demostrado su calidad. Juan Inostroza, revuelve por el callejón su potranca picaza, proclamando su calidad de rienda y empuje:

—Es hija del Trueno la potranca esta, pues patrón. Del mismo padre de "Clavel". Tuavía no le he puesto freno pa que no se resabee, pero es más atenta que un melico en las filas, sólo con el jaquimón.

Desde el corredor se oyó la voz de don Ceferino, el dueño del "Clavel", que está más alegre que una campana en día de repique.

—Oiga pues doña Flora. Ahora mismo me tiene que cantar las diucas porque en la de no, capaz que endilgue con el "Clavel" y me la lleve por delante de la montura.

—Naita de malo estaría pues don Cefe. Tuavía queda mucho monte por estas orillas — apunta Inostroza, guiñando el ojo. Doña Flora, una morena de carrillos encendidos que tiene dos uvas relucientes en los ojos, ríe feliz.

—En tan buen caballo, quien dijo miedo pues don Cefe.

Alza la guitarra, afina la voz y entona:

Estaban las diucas cantando
arriba de unos perales
y no me dejan dormir
estos malditos zorzales.
Abran quincha, abran quincha
por l'orilla del cerro a Playa Ancha
por debajo e la cola e la chancha.

—Esa es la ley, mi alma — grita Albornoz que ya tiene los ojos encandilados, ofreciéndole un trago a la cantora:

—Se l'hago, pues doña Flora!

—Se l'hago pues, on Albornoz.

Las mozas en el corredor, hacen trinar las cuerdas de las guitarras. Son como caricias que el viento de la tarde se lleva. Como el latido del campo por donde pasa el alma de la tierra; latiendo en el corazón de todos los presentes. Carraspean las muchachas y en el momento en que Felipe Contreras saca a Chayo Inostroza, alzan la voz cálida y apasionada:

En Santiago... En Santia...go
cantó un gallo
y en la Sé... y en la Serena
se oyó...

Vibran las espuelas, y sobre los altos tacos, ondean los pañuelos



como llamaradas fugaces. La Chayo, con la falda desplegada como un abanico se adelanta, entregando el pecho y la mirada incitante. El hombre la envuelve en el hábito ardiente de sus deseos y la ata envolviéndola con su pañuelo que es como una serpiente fascinada por el hechizo embrujador de la mujer.

Albornoz gana las tres mitades con furioso entusiasmo. De pronto se detiene para gritar:

**"Cómetela perro,
llévala p'al cerro
échale los perros
pégale con fierroooo.**

Afuera en el corral, los chiquillos imitan a los grandes:

—Yegua vieja e los Lirios!

—Manco malo, manco malo...

L. D.